

Precio 15 céntimos



GALERÍA ARTÍSTICA



Meditacion.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



PENSAR que ha de pasar un número de LA SAETA sin que hablemos de algún fenómeno ó hecho extraordinario ocurrido en los Estados Unidos, es pensar en lo escusado.

Ahora resulta que un ciudadano de Hackettstown (Nueva Jersey) se echó á dormir el día 20 de Octubre de 1887 y esta es la hora en que no se ha despertado todavía.

Digo mal, Michael Farnau que así se llama, se ha despertado una vez, se ha enterado de cómo estaba la familia y se ha vuelto á dormir.

Los periódicos no dicen cómo lo alimentan durante el sueño, pero suponemos que será con el procedimiento y el arma que empleaban los médicos de Moliere.

Llevarse durmiendo cuatro años es echar una siesta respetable, y á tanto no ha llegado Isasa, que solo hace un año y pico que se ha tumbado á la bartola en el Ministerio de Fomento.

El día que Michael se levante de la cama va á encontrar este mundo muy cambiado.

Puede ser que para entonces se le hayan muerto la mitad de los ingleses, si es que los tiene.

Yo desde luego me abonaba á dormir cuatro ó cinco años de un tirón.

A parte del placer de no sentir nada me habría de ahorrar los perjuicios diarios á que estoy condenado.

Levantarme por la mañana, tomar un chocolate que parece almazarrón petrificado, con un panecillo amasado con cal, y un vaso de leche que Dios sabe de qué fábrica de almidón habrá salido.

Después á trabajar hasta las doce despellejando á Cánovas y consortes.

En seguida la comida de siempre: la misma sopa, los mismos garbanzos, la misma gallina, la misma carne; el principio, que á veces es fin, y los postres.

A continuación el café, el ron que hacen por la mañana los cafeteros, y el cigarro de diez céntimos, que hay casos en que suele arder.

Luego á trabajar un poco para los semanarios. Más tarde á leer los periódicos franceses, tomando una romana, por tomar algo.

Después la cena; leer *El Heraldó* y *El Liberal*. A continuación, á la cama á abrir un libro hasta que me entra el sueño.

Y así casi sucesivamente todos los días del año.

Lo dicho: prefiero dormir de un tirón cinco ó seis lustros.

Lo que carga en la vida es la monotonía, y á veces por salir de ella se me ocurre hacer algún desatino, cosa que me evitaria si me estuviese bien arropadito y bien dormidito en la cama mientras los demás seres humanos seguían luchando como fieras para ganar los garbanzos ó alcanzar un alto puesto.

¡Ay, quién fuera de Michael Farnau!

¡A estas horas no tendría que hacer crónicas, ni artículos, ni ecos políticos!

**

No sé qué es lo que se trae consigo el ser autoridad en España, pero así que se empuña el bastón de gobernador, la vara de alcalde ó el *taruguito* del polizonte todos se creen con facultades para hacerlo todo.

Los serenos y municipales de Fregenal de la Sierra, además de ser autoridades son unos borrachos y sin vergüenzas de lo que no hay.

Según leo en los periódicos, noches pasadas aguardaron á la salida del pueblo á uno que había sido alcalde, quien iba acompañado de dos criados.

Los respetables representantes de la autoridad que iban cargados de bebida, cogieron en medio al ex-alcalde y á sus acompañantes, y les propinaron tal paliza, que los dejaron por muertos.

Luego se fueron muy tranquilamente á dormir la mona y las hazañas.

Afortunadamente para ellos, sus víctimas no murieron de la paliza y se han quejado á la justicia ¡cosa casi incomprensible en España!

Hoy día municipales y serenos están en la cárcel de Fregenal de la Sierra, lamentándose como es natural de que en España la autoridad carezca de prestigio y se la meta en la cárcel cuando desloma á palos á quien bien le parece.

Lo cierto es que si los serenos, municipales, y sobre todo, la simpática ronda secreta no pueden pegar á los transeuntes ¿para qué sirven? ¿No valiera más que se abolieran esas instituciones?

Ellos no prenden rateros, ni evitan robos, ni ponen orden en ninguna parte... ¿Han de pasarse la vida de *bóbilis bóbilis* sin hacer nada.

No; que ejerciten el brazo y el garrote, que no dejen hueso sano á ningún pacífico ciudadano. De ese modo al menos se ganarán bien el pan.

Yo lo sé por experiencia propia. Allá por los años de 1884 la policía de Barcelona no prestó más que un servicio, pero ese fué de órdago. Apaleó á un amigo mío porque se metió á censurar el juego y no la dejaba por lo tanto reparirse tranquilamente las cantidades que daban los jugadores.

Sin ese servicio, cualquiera hubiera creído que la policía no existía en Barcelona.

En Fregenal de la Sierra no quieren que la tradición se pierda.

¡Que Dios nos conserve por muchos años esa

policia que nos merecemos!

¿Quién había dicho que la poesía estaba llamada á desaparecer?

Mientras existan Campoamor y Nuñez de Arce en Madrid y mi amigo *Escotillón*, ó como se llame (yo ya sé cómo se llama) en Barcelona, tendremos poesía y tres más.

En *El Suplemento* se dá á luz *Escotillón* con esta quintilla, haciendo la revista de una corrida de toros:

«Yo, recordando el refrán,
me fui á la plaza enseguida,
donde, como es natural,
un gran lleno general
aguardaba la corrida.»

Solo al genio le está reservado hacer consonantes á *refrán*, *natural* y *general*.

No quiero hablar de la galanura de los versos porque están hechos á vuela pluma, ó mejor dicho, á vuela cabeza.

También *Escotillón* brilla en los endecasílabos de diez sílabas.

Véase éste:

«Por fin, verificóse el despejo»

Y no prosigamos.

Estoy seguro que á cada revista que aparece en *El Suplemento* dice *Escotillón*:—¡Y cómo voy á hacer rabiarse á *Elidan* recomendando el pape-lito de la empresa y de la administración de la Plaza de Toros!

Pues se lleva V. chasco, amigo mío. A mí me hace V. reír, y es muy fácil que haga V. lo mismo á los lectores de LA SAETA, Dios mediante.

Yo ya sé desde cuándo se me ha vuelto usted una viborilla. Quiere vengar hechos pasados de que ha estado V. bien ageno hasta ahora. Y yo y V. nos entendemos.

Y ahora al amigo Andreu, director de *El Suplemento*, debo decirle que no valia la pena de venir á darme satisfacciones para seguir por la misma via.

¿Es V. director ó no es V. director?

Cuando yo he dirigido algún periódico ningún redactor ha escrito más que lo que á mí me ha parecido.

Si no tiene V. autoridad para imponerse á los gacetilleros ¡valiente director que me ha salido usted.!

ELIDAN

UN POBRE HOMBRE

Juan Lanás me llaman todos porque no me meto en nada. Tiene una gracia endiablada esto de poner apodos.

¿Qué fundamento tendrán para decirlo, señor?

Porque, palabra de honor, que yo no me llamo Juan.

Me llamo Lucas Sobrino y García del Peral, soy joven, no vivo mal, y nací en Vitigudino.

Pero dicen que no puedo tener carácter.—¡Ni ganas! y me apellidan Juan Lanás y con Juan Lanás me quedo.

No me importa, la verdad,

lo que hacen mis convecinos, ni se me dá tres cominos de toda la humanidad.

¿Que no tomo con calor nada, y me río de todo? ¡Claro! Pues si me incomodo me sale mucho peor.

Hay quien me insulta, lo sé; pero ¿y qué? Si yo me apuro reñimos, y de seguro me encierran, ¡pues ya se vé!

¿Que sale un negocio mal? Pues salga como saliere; el que se asusta, se muere de congestión cerebral.

Y yo lo tomo con calma y lo aguanto como puedo, sin disgustarme, sin miedo, y sin espina en el alma.

¿Que dicen que á mi mujer hacen muchos el amor?

Pues que se lo hagan; ¡mejor! ¿Yo qué diablo voy á hacer?

Si me altero y soy celoso y la observo, y la vigilo, y con el alma en un hilo soy cargante y fastidioso,

acabaré por morirme por la causa más pequeña y, al cabo si ella se empeña me la pegará, ¡y de firme!

De modo que es lo mejor dejar que ruede la bola, seguro de que ella sola basta á defender su honor.

Y si no me quiere nada y ha de resultar infame, no la defiende, aunque llame en mi auxilio una brigada.

Dicen también por ahí que es mi condición tan blanda que todo el mundo me manda y no soy dueño de mí.

No lo niego; podrá ser que siempre quede debajo por no tomarme el trabajo de pensar lo que he de hacer

Si el uno me dice—Adios,— el otro me dice—Ven;— porque es difícil que esten de dos, conformes los dos.

No hay suceso que me impida vivir sin pena y cuidado, ni recuerdo haber pasado malos ratos en mi vida.

—¿Es usted rico?—Lo soy.

—¿Es usted mendigo?—Sí.

—Venga usted.—Ya estoy aquí.

—Váyase usted.—Ya me voy.

—Lucas, no salgas de casa: dice mi Tomasa.—Bueno; pues me quedo tan sereno y obedezco á mi Tomasa.

Y todo el mundo me adora por este carácter blando; de modo que estoy pasando una vida encantadora.

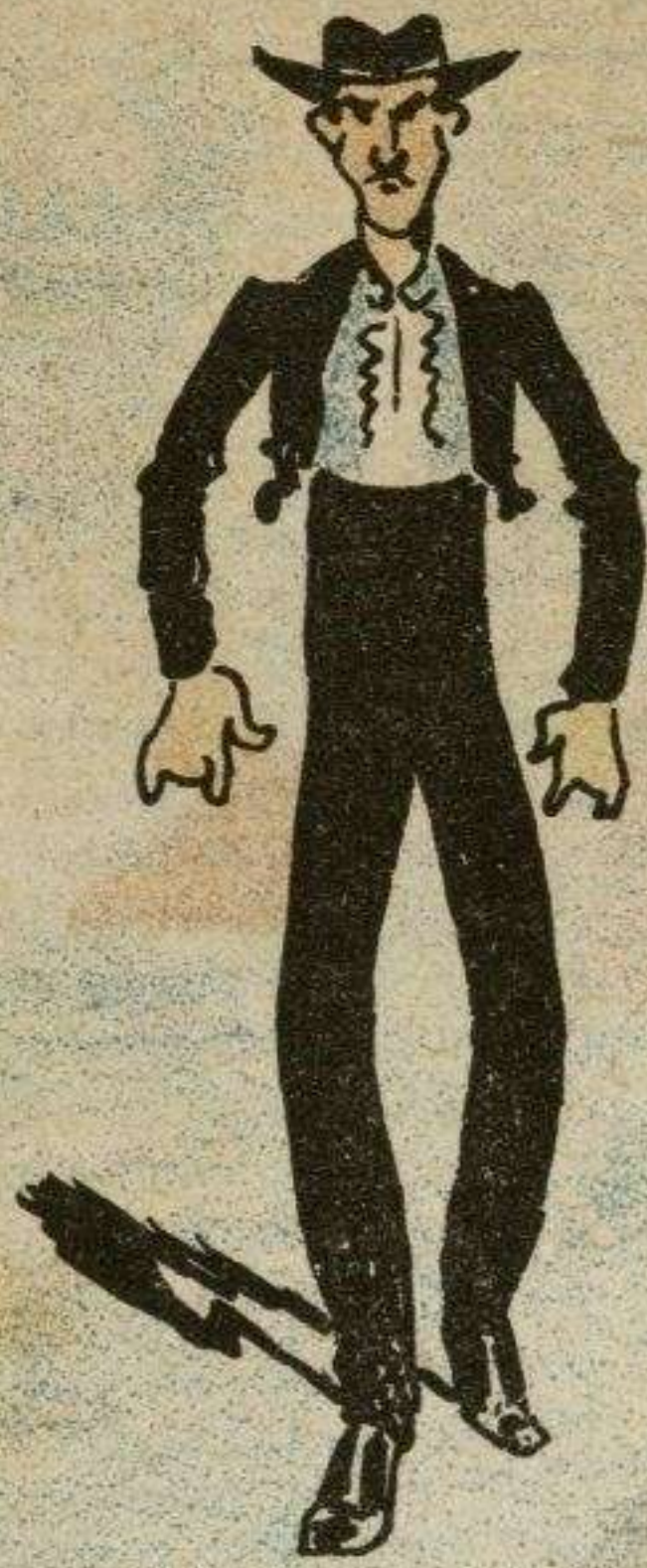
Si no me asusta un desliz y vivo tranquilamente, ¿por qué me llama la gente Juan Lanás, el infeliz?

SINESIO DELGADO.

LO QUE VÍ EN SEVILLA ESTE VERANO



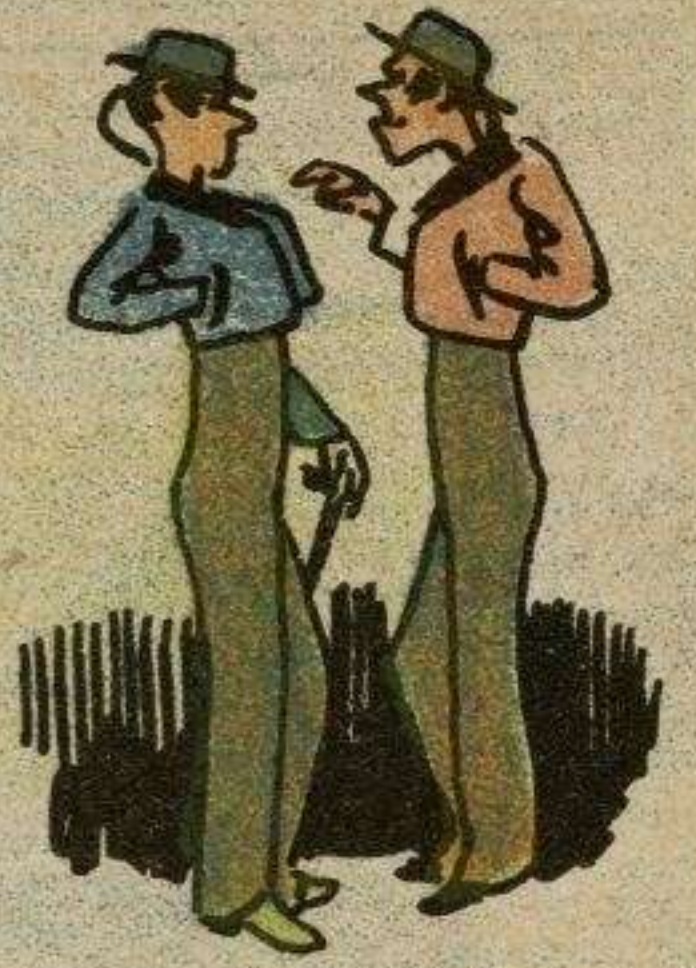
En la calle de las Sierpes.



En la calle que no es de las Sierpes.



De día y de noche.



Entre dos luces



En cafetines, cafés y figones.



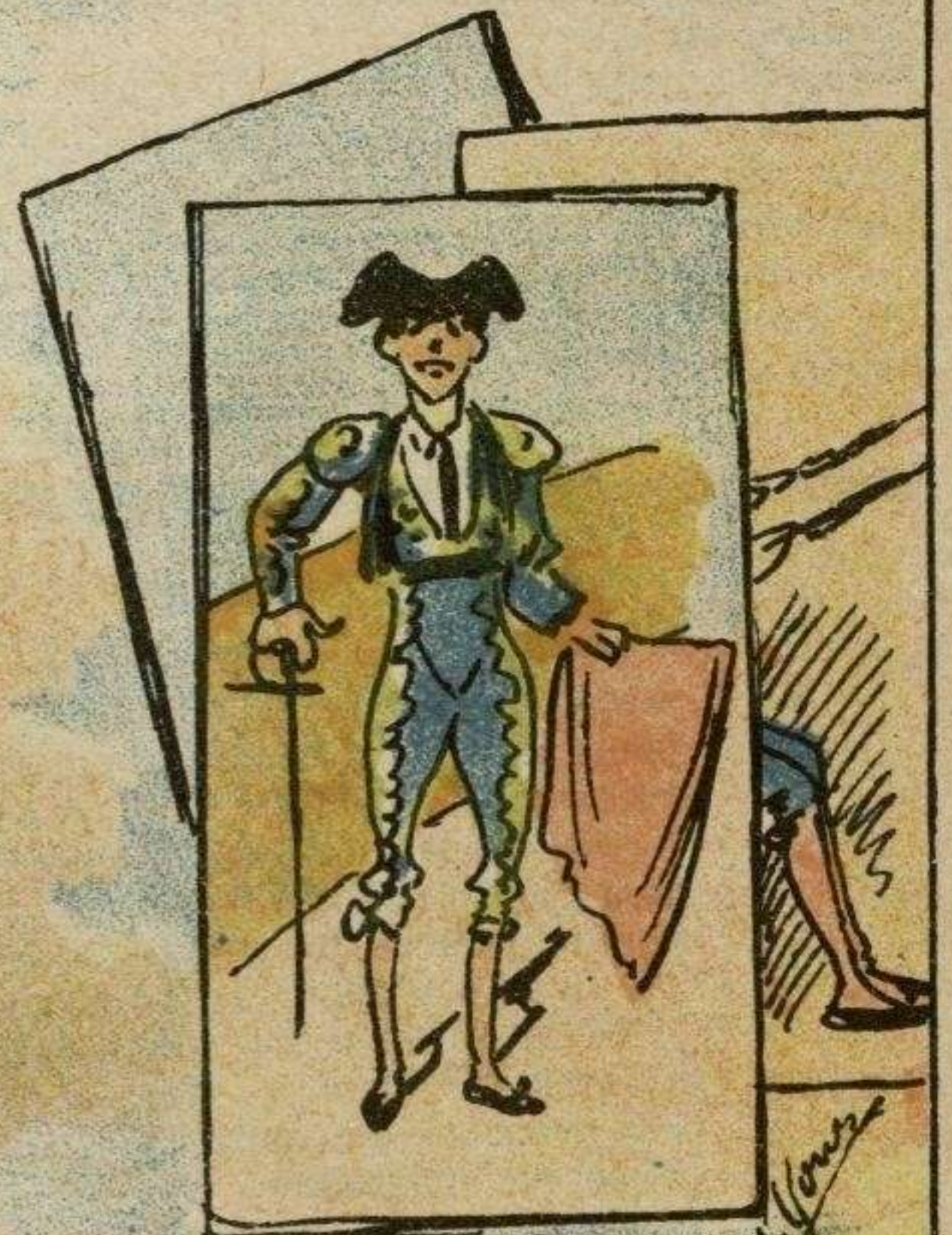
En el aire.



En el agua.



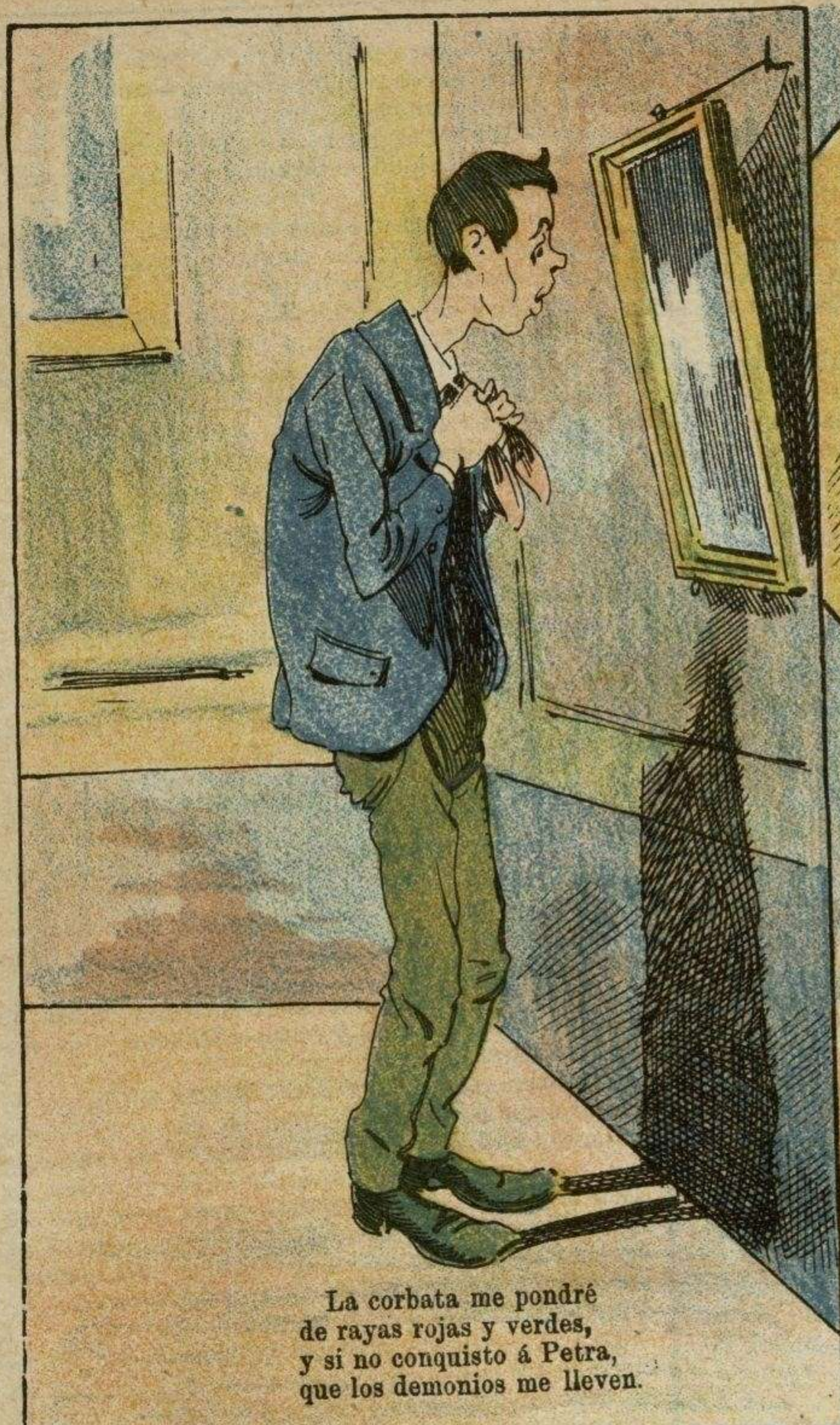
En la sepa.



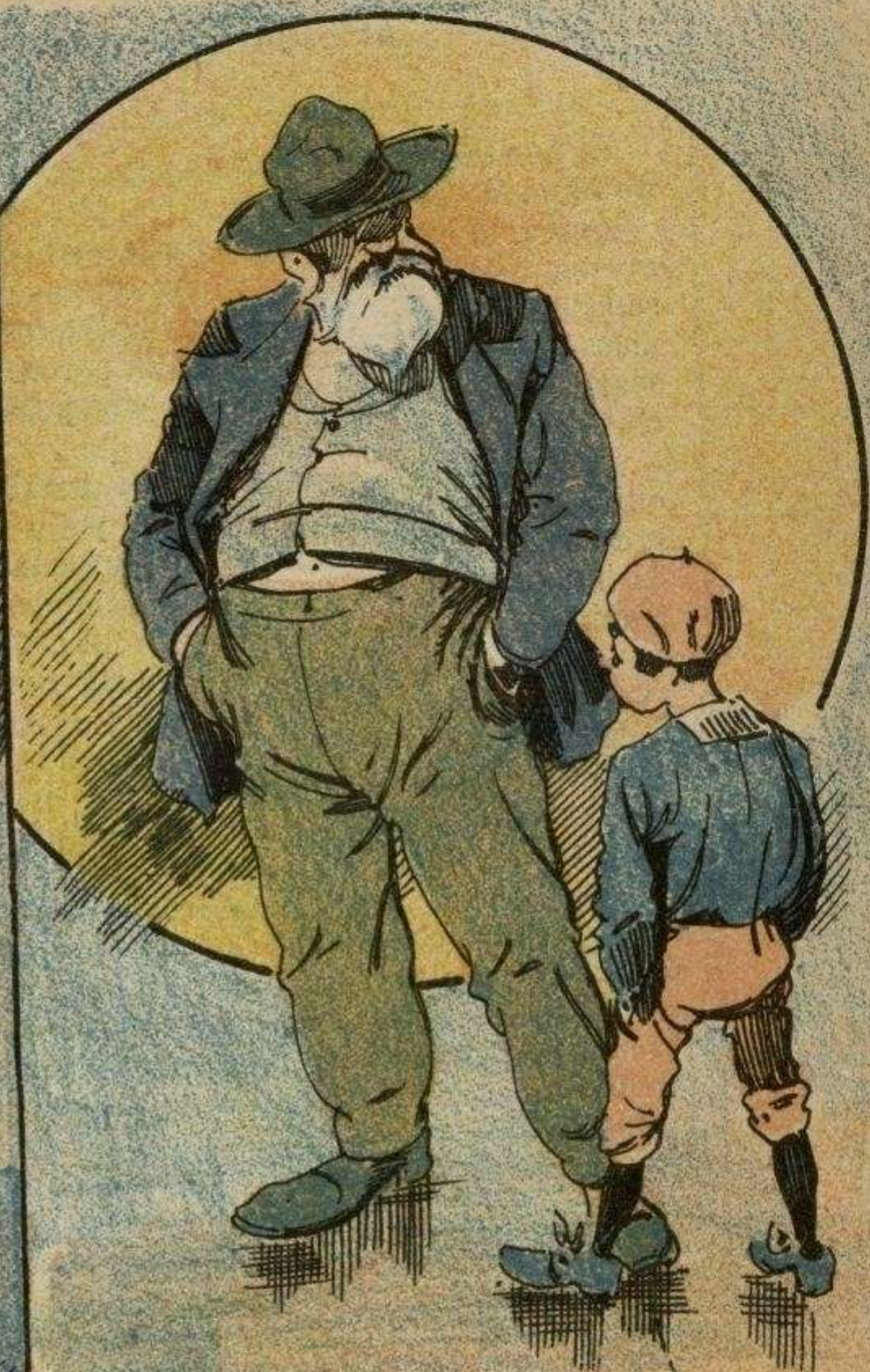
En las paredes.

¡Y eso que en verano andan los toreros desperdigados por España!

VARIEDADES



La corbata me pondré
de rayas rojas y verdes,
y si no conquisto á Petra,
que los demonios me lleven.



- ¿Niño, tienes padre?
- Sí, señor.
- ¿Y madre?
- También.
- En esto no te pareces á mí, que soy del hospicio.



Estos dos hace cuarenta años eran la flor de la canela
del baile de Capellanes.



Con un puro, la boquilla,
un peso, poca aprensión
y el traje que debo al sastre...
Señores, ¡quién como yo!

AFICIONES HÍPICAS

(PERFILES MADRILEÑOS)

El número de pollos aficionados á penco aumenta de un modo extraordinario.

Antes, lo más corriente era hacer el oso desde las aceras, interrumpiendo la libre circulación de transeuntes; ahora, lo primero que hacen los pollos enamorados es alquilar un caballo por 30 reales y pasear la calle de la señora de sus pensamientos, en clase de ginetes temerarios.

Para que la cosa tenga todo el caracter que requieren las circunstancias, el pollo ginete compra espuelas; después consigne que su mamá emprenda la tarea de estrecharle los pantalones poniéndoles trabillas, y una americana clara, un látigo barato y un lingo en forma de tubo ya puede cualquier jovenzuelo, medianamente configurado, conquistar corazones y encender llamas de amor en los pechos originales de las señoritas.

Algunos llevan su afición hasta el punto de asistir á la Universidad, cabalgando en briosos corceles, procedentes de los más acreditados alquiladores; otros se posesionan del caballo los días festivos, desde las ocho de la mañana, empezando por seguir á la novia hasta el templo del señor y concluyendo, por regresar á su domicilio, entrada ya la noche, con los muslos en carne viva después de haber lucido su gallarda apostura por calles y plazas con grave riesgo de los transeuntes pacíficos.

Hay caballistas amorosos que montan con el exclusivo fin de entusiasmar á las damas de su particular estimación; otros se dedican á los ejercicios hípicas, porque no pueden reprimir sus aficiones, y en cuanto llega el domingo ya están calzándose las espuelas, y emprendiendo excursiones á los pueblos inmediatos. Estos caballistas viajan generalmente por parejas, como la guardia civil.

Pozuelo es uno de los puntos elejidos por los ginetes domingueros que entran en la apacible villa levantando polvo, poniendo en dispersión á las aves callejeras y sembrando el pánico entre los niños indígenas.

Las jóvenes de la villa se asoman á los balcones al oír las pisadas de los caballos forasteros y no pueden menos de exclamar, presas de la admiración del júbilo:

¡Cielos! ¡Dos chicos de Madriz!

Ellos alzan la cabeza; contemplan la admiración que han producido en el ánimo de las sencillas lugareñas, y hieren con la espuela los ijares del bruto para que relinche.

Los caballeros echan pié á tierra, ponen las riendas en manos del primer chicuelo que aparece y se dirigen al café, con paso torpe, como aquel que se acostumbra á pisar este bajo mundo. En estos casos, lo que más seduce á los ginetes, es que suenen mucho las espuelas al andar; y ya en el café, piden cognac que paladean haciendo un gesto despreciativo. Después dicen sonriendo:

—A cualquier cosa llaman *cognac* en este pueblo.

Acto seguido pasan revista á las calles, sin abandonar los látigos, que expresan claramente el noble ejercicio á que se dedican sus dueños, y concluyen por dirigir chicoleos á las señoritas que encuentran al paso.

Cuando después de lucir sus naturales encantos determinan volverse á la corte, buscan el improvisado palafrenero, á quien gratifican espléndidamente con un perro grande, procurando ser vistos por la población entera para que admire su prodigalidad,

y parten veloces como el rayo, diciendo para sí:

—Qué sorpresa tan agradable acabamos de proporcionar á esas chicas!

—La verdad es que hemos gustado mucho.

—Si lo sé, le hubiera pedido á mi primo hasta las botas de montar.

El dueño de los caballos suele recibir á los viajeros con frases destempladas porque observa que el ganado llega rendido por la fatiga.

—¿Pero á dónde diablos han ido ustedes?

—No hemos pasado de la calle de Fuencarral.

—La culpa me la tengo yo, por alquilar mis caballos á monos.

—¡Oiga usted!

—¡A nosotros no se nos insulta!

—¡Vayan ustedes mucho con Dios!

—¡Grosero!

—Ea; largo de aquí.

¡Si en Pozuelo se supiera cómo trata el dueño de los caballos á aquel par de jóvenes elegantes! Pero estas decepciones quedan sepultadas en el misterio de la cuadra y mientras uno y otros se lanzan insultos tremendos, las chicas de la inmediata villa se comunican sus impresiones en voz baja y piensan en la gallardía de los mancebos.

—Puede que sean de la aristocracia.

—De seguro. No se han quitado los guantes para nada.

—El más bajo lleva un alfiler en la corbata que pesaría lo menos media onza.

—¡Y qué cuellos de camisa tan bien planchados!

—Por eso digo que deben ser de muy buenas familias.

Y en una semana no se habla entre las chicas de Pozuelo más que de los jóvenes caballistas y de sus prendas exteriores.

Algunas veces, los ginetes llegan á tiempo de asistir á un baile campestre de los que en Pozuelo se improvisan, ó á una función teatral de aficionados, y entonces, lo más corriente es que declaren su amor á la joven que tienen más cerca, pues una de las misiones de todo excursionista dominguero es la de conquistar corazones en los pueblos del partido judicial, para poder referir sus victorias al día siguiente en el café ó en la oficina.

Hay otra clase de aficionados á penco, que no es ciertamente la menos numerosa. A ella pertenecen los dependientes de comercio y los hijos de familia reprimidos por la autoridad paterna.

La felicidad de estos seres, que viven bajo un régimen estrecho durante la semana consiste en alquilar caballos de buena índole, algún domingo que otro, y salir por ahí en clase de calaveras empedernidos, creyendo atraer las miradas del público.

Como no han tenido la conveniente preparación ni disponen del tiempo necesario para aprender á sostenerse en la silla, más que ginetes elegantes, parecen sacamuelas de caballería; y lo más frecuente es verles con los pantalones á la altura de las corvas enseñando los calzoncillos; el sombrero apoyado en la nuca y la levita arrugada y formando pabellones sobre el arzón.

Felizmente para ellos, los caballos de alquiler son unos infelices, sin pizca de intención, y pocas veces ocurren catástrofes; pero así y todo suele suceder que un ginete se escurre y va á dar de bruces contra la cesta de una vendedora de bollos de canela, ó cae á plomo sobre un paseante ó mete la cabeza del caballo por un escaparate de una tienda de comestibles.

No es el primer joven hípico que ha ido á parar

á la prevención, despues de haber roto con la cabeza cinco duros de pucheros en una cacharrería, y al verse en el templo de la justicia, atormentado por las agujetas y por el remordimiento de su delito, se arroja llorando en los brazos de la pareja de orden público, prometiendo no volver á montar, aunque se juntara el cielo con la tierra,

Pero ocho días despues, la misma pareja se apoderaba del cuerpo del jóven, que había ido á caer con el caballo y todo, dentro del pilon de la puerta del Sol.

Y es que las aficiones hípicas no pueden dominarse.

Hay jóven aficionado que por su gusto se iría á vivir á un pesebre, y en cuanto huele la cebada, se pone á relinchar como cualquiera caballería auténtica.

LUIS TABOADA.

LA LLEGADA DEL TREN

Llega el tren á la estación
Con pausado movimiento,
Como un mónstruo fatigado
Que al respirar echa fuego.

Sacan por las ventanillas
Sus cabezas los viajeros,
Saludando á los que aguardan
Ya con los brazos abiertos.

Abrense las portezuelas,
Se arma un ruido del infierno,
Y suenan voces y gritos,
Y carcajadas y besos.

—¡Allí está!

—¡Qué gordo viene!

—¡Dame un abrazo!

—¡Qué bueno!

—¿Qué me traes?

—¿Que tal te ha ido?

—¿Una fonda, caballero?

—¡Papá!

—Coche á domicilio?

—Y mi talón?

—Yo lo tengo.

—¿Lleva usted en el baul
Algo que pague derechos?

—¿Cómo queda la familia?

—¿Sabes que murió don Diego?

—A dónde vas?

—Voy al tren,

Que me he dejado el sombrero.

—Vienes mucho más delgado.

—Te encuentro mucho más grueso.

—He tenido mucho gusto...

—Gracias.

—Abur.

—Hasta luego.

—Pez, 14

—Gato, 15.

—Esta noche nos veremos.

—Mamá, que saluda Lopez.

—¡He perdido los quevedos!

—Vamos, no pararse aquí.

—Son siete bultos.

—¡Grosero!

—¡Ay! ¡Qué pisotón me han dado!

—Cuánto te echaba de menos!

Y á cientos van las maletas,

Y van los cofres á cientos,

Y se ve allí cada mundo,

Que es más que mundo, universo.

Y una señora muy gorda
Que está esperando á su perro,
Que fué á dar á la *perrera*
Porque se lo descubrieron.

Y un señor que lleva un lío
Con diez bastones lo menos,
Y una manta, y un paraguas,
Y una maleta y tres cestos.

Y un caballero muy flaco
A quien varios van diciendo
Que viene mucho mejor,
Y está el pobre medio muerto.

Y una señora muy vieja
Que mira con ojos tiernos
Y lleva un sombrero verde,
Que es todo menos sombrero.

Y un viudo con siete hijos
Todos vestidos de negro,
Flacuchos y encañados
Que dá compasión de verlos.

Y unos cuantos cazadores
Que vuelven muy rostrituertos,
Y aseguran que en Espana
No queda ya ni un conejo.

Y un marido que á su esposa
Va por lo bajo riñendo
Por si ella miraba ó no
A un oficial de lanceros.

Y un personaje importante
A quien esperan doscientos
Que le abrazan y le adulan
Y le ofrecen sus respetos

Y allí se confunden todos;
Niños, jóvenes y viejos.
Pobres, ricos, artesanos,
Y militares y clérigos.

Como si al bajar del tren,
Donde por *clases* vinieron,
Se nivelaran las clases
Siquiera por un momento.

Y en medio de este barullo
Que vuelve loco al más cuerdo,
Oigo el diálogo siguiente,
Que cojo y escribo al vuelo:

—¿Y qué tal el viaje?

—Mal:

He tenido un contratiempo...

—¿Algo grave?

—Sí muy grave;

Tomé en Avila un refresco

Y no sé de qué sería,

Que me puso muy mal cuerpo.

Me entraron unas angustias,

Y un sudor y unos mareos...

Y unos dolores... En fin,

Que estaba ansiando el momento

En que se parase el tren

Para bajar...

—Ya comprendo.

—En el coche era imposible,

Pues todo venía lleno.

Por fin, después de sufrir

El más terrible tormento,

Llegamos á una estación

Y ví los cielos abiertos:

«Las Navas: ¡cuatro minutos!»

¡Ya ve usted: no había tiempo!

—¡Es claro!

—Volaba el tren,

Y yo sufriendo, sufriendo...

Llega otra estación al cabo

Voy á bajar muy contento,

PRINCIPIO DE TEMPORADA



Una grosería del maestro de coros á una de las chicas



Duo de amor á telón corrido.

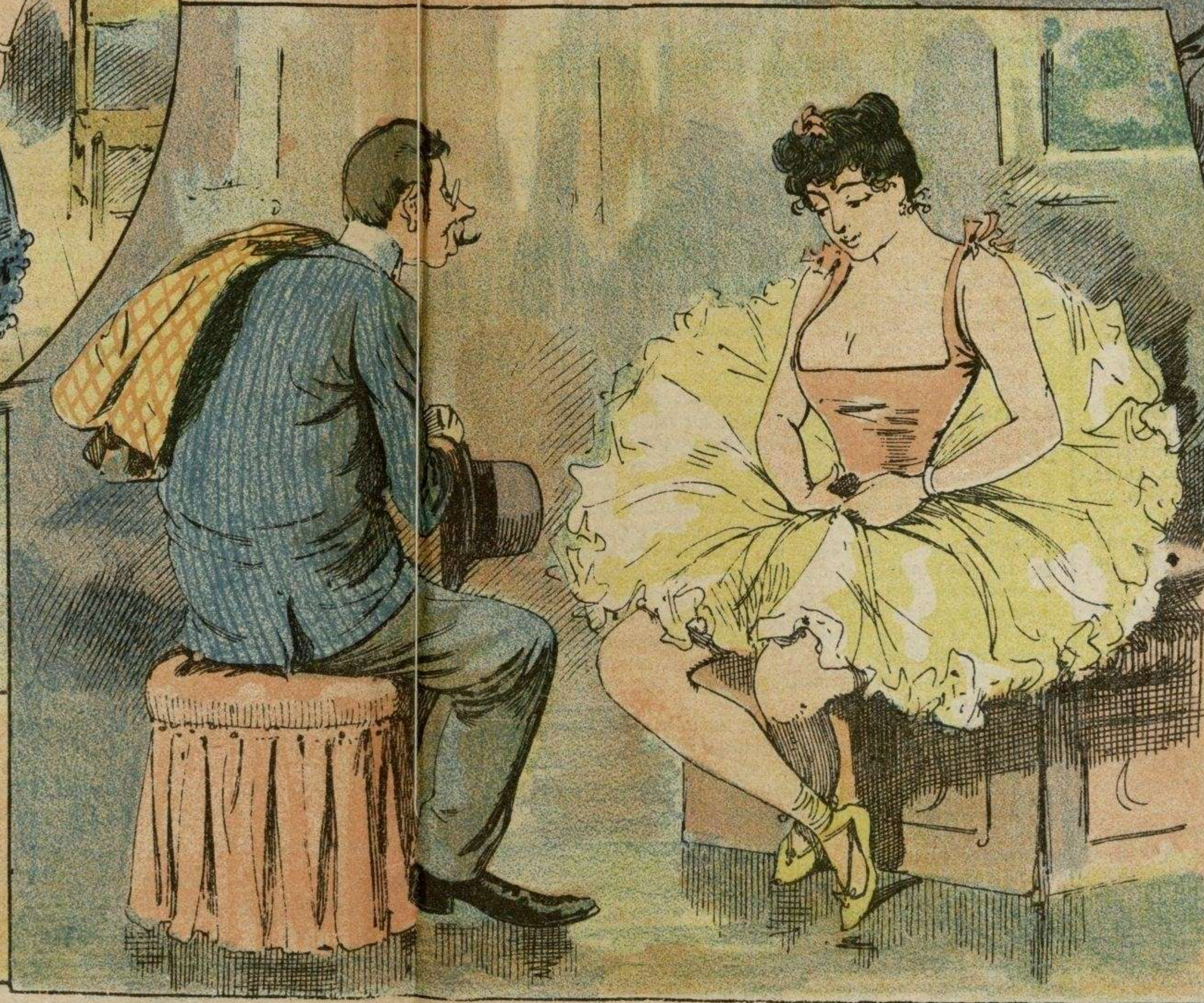


CON LA PRIMERA TRIPLE

—Es V. la primera serrana cantándose jondo, y vá V. á quitar los moños á más de cuatro triples que presumen.



El coro de caballeros



—Viene V. tarde, amigo mio; estoy comprometida con el marqués.
—Bueno; pero el marqués se ausenta amenudo de Madrid.
—Pues bien, arreglémonos para las ausencias.



Juan Toro Manso y Sorriba, marido de vista corta de una triple colectiva.

Y escucho una voz que grita:
 «Cuatro minutos: ¡Robledo!»
 ¿Quién puede en cuatro minutos?...
 ¡Ya ve usted; no había medio!
 ¡Dan, dan, dan! El tren se pone
 En marcha otra vez. ¡Yo muerto!
 Por fin oigo: «El Escorial!»
 ¡Quince minutos!» Me apeo...
 —Vamos! Ya era tiempo.
 —No!
 ¡No, señor; ya no era tiempo!

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

UN CASO SOSPECHOSO

Don Leocadio se casó hace treinta años por amor y ha enviudado hace seis meses, por chiripa.

Tenía veintidos años cuando entró en la cofradía de San Marcos, de modo que nuestro héroe tiene en el actual momento histórico, cincuenta y pico de años, aunque él se ha plantado en los cuarenta y cinco y de ellos nadie le mueve.

Don Leocadio, ¿por qué negarlo? no fué muy feliz en su matrimonio. No es que faltase el amor, faltaba el dinero. El amor se suple, se finje, se inventa; el dinero nó.

En los primeros años del casamiento, don Leocadio no ganaba más que veinte duros, de ayudante de tenedor de libros en casa de los señores Baladrón, Comadreja y Compañía. Con un sueldo así tenían que tirarse de una oreja para alcanzar la otra.

Leocadio se desesperaba y juraba y perjuraba que si había de volver á casarse alguna vez, había de ser con una mujer de dinero, *manque*—como él decía—fuera más fea que una careta de cartón.

Pasaron los años y los principales de Leocadio le hicieron cajero y le señalaron cuarenta duros de sueldo.

Entonces ya vivieron algo más desahogados los cónyuges y pudieron hasta comer principio é ir al café los domingos.

Por último hace seis meses, murió la esposa de don Leocadio de unas calenturas palúdicas, aunque otros dijeron que del cólera y algunos del sarampión.

Ya tenemos á nuestro don Leocadio viudo. Ahora, se dijo, voy á realizar el sueño de toda mi vida; me voy á casar con una mujer rica, porque es hora que descansen y me dé buena vida. Si es posible que además de rica sea joven y guapa mi futura, mejor que mejor.

Esto lo decía el muy tunante ocho días después de morirse la señora, con luto reciente en la ropa y en el cabello, pues había comenzado á teñirse las canas con cosmético.

Don Leocadio desde que enviudó hizo reformas en su físico; llevaba chaqué como sietemesino y se afeitaba todos los días.

Como casi toda la jornada la pasaba en el escritorio, tenía poco tiempo para dedicarse á buscar la mujer que le convenía.

El hubiera ido á los teatros, pero temía gastar dinero. Tampoco le disgustaba poder los domingos ponerse en la esquina de la calle de Fernando, pero una vez que lo hizo le llamaron abuelo unos jóvenes que allí estaban, y se escamó.

Resolvió por último dedicar las horas que tenía libres, al paseo de Gracia.

Se hizo una reflexión de mucho peso. Aquí, se dijo, se cita todo lo más elegante y rico de Barcelona. Harto será que aquí no encuentre mi felicidad.

Todos los días por la tarde y los domingos al mediodía recorría el paseo husmeando todas las mujeres elegantes que encontraba.

Un domingo vió una joven que, acompañada de sus papás paseaba por delante del café de Novedades. Era guapa y llevaba un sombrero de finísima paja inglesa, cubierto con una magnífica blonda española. El sombrero fué lo que más chocó á don Leocadio.

—¿Quiénes son esos señores?—preguntó á uno que les había saludado.

—Los señores de Clavícula y su preciosa hija Margarita.

—¿Viven desahogados?

—Ya lo creo, como que no se han ahogado nunca. Ahí donde vé usted á la niña, tiene cinco millones de dote.

—(¡Zapateta! esta mujer es la que me conviene) Muchas gracias, caballero.

Tras de los señores de Clavícula siguió don Leocadio haciendo el pollo. La mamá creyó al principio que aquel señor de edad tan pintadito y arregladito la seguía á ella. Como que había estrenado un magnífico vestido de última novedad!

No; don Leocadio seguía á Margarita. Aquellos cinco millones de dote se le habían clavado en el alma.

Averiguó dónde vivían aquellas Clavículas, y al día siguiente fué á hacer el oso de dos á tres de la tarde como el más inocente cadete.

Y así continuó una semana, hasta que llegó un día en que Margarita se apercebíó de ello y se echó á reir viendo la facha de don Leocadio!

—¡Cielos! ¡se ha sonreído!—dijo éste, y se fué á trabajar muy satisfecho.

Al día siguiente la misma escena y la misma risa.

—¡Ciertos son los toros! el domingo la pido.

Y al decir esto, nuestro pavi-pollo se ausentó ligero como una sílfide, y tanta emoción tenía, que más tarde en el escritorio dió tres pesetas falsas á un mozo sin fijarse en ello.

Llegó por fin el deseado domingo.

Don Leocadio se afeitó, se puso una pasta para disimular las arrugas, se dió carmín en los labios, se tiñó el cabello, se vistió de etiqueta y se presentó en casa de los Clavícula.

No sin cierta emoción llamó á la puerta. Un vago presentimiento le decía que iba á cometer una atrocidad; pero luego pensó en lo guapo que era (al menos se lo creía), y tiró lleno de confianza del botón de la campanilla, murmurando como Dantón: «Audacia, audacia, audacia.»

Salió un criado y le preguntó lo que se le ofrecía.

—Ver al señor de Clavícula para hablarle de un asunto urgentísimo.

Pasó el recado el doméstico y al poco rato volvió diciendo que podía pasar.

El señor de Clavícula era un sér anémico y lintático y más gastado que peseta de Felipe IV. Se hallaba envuelto en una magnífica bata forrada de raso y un casquete bordado en oro cubría la respetable rodilla que llevaba en la cabeza, vulgo calva.

Don Leocadio saludó con mucha ceremonia, y el otro le mandó sentar.

Una vez uno en frente del otro aquel par de tipos, dijo el señor Clavícula:

—¿Y bien?...

—Señor de Clavícula,—dijo don Leocadio,—usted extrañará el paso que doy, *máxime* no conociéndome; pero hay ciertos actos en la vida del hombre que son verdaderas piedras miliarias que separan la cuna del sepulcro.

—No le entiendo á usted.

—Yo vengo á realizar un acto. Vengo lleno de emoción, agitado por una dulce esperanza á acudir al más bueno de los padres y al modelo de los esposos.

—Si usted no se explica con más claridad...

—Ya que es preciso decirlo, vengo decidido á llamarle á usted mi padre y por consecuencia á pedirle la mano de su hija Margarita.

El señor Clavícula se quedó parado, pero enseguida pensó: este es un Rostchild, ó un Salamanca, ó un Antonio Lopez que se ha enamorado de mi hija, y le dijo:

—Usted disimule mi sorpresa... Ahora solo desearía que usted se sirviese decirme su nombre y sus circunstancias.

—Me llamo Leocadio Desgracias y soy viudo.

—Está muy bien; pero desearía también que usted me dijese si goza una posición desahogada.

—Desahogadísima.

—¿Y qué es usted?...

—Yo soy cajero de la casa de Baladrón, Comadreja y Compañía, y gano cuarenta duros al mes.

El señor Clavícula cayó como herido de un rayo, y empezó á patear y dar bofetadas al aire presa del más horroroso síncope.

Don Leocadio dió voces y acudieron Margarita, su madre y los criados.

—¿Pero qué es eso? preguntaron todos.

—Yo no sé, dijo el viudo.

El señor Clavícula volvió algo en sí y retorciéndose la boca murmuró:

—¡Indignación! ¡Desvergonzado! ¡Coraje! ¡Cólera!

—¡El cólera!—murmuraron todos.

—¿El cólera?—preguntaron el portero y dos municipales que habían subido al oír el ruido.

—¡El cólera!—dijeron los vecinos al enterarse.

—¡El cólera!—vociferó el alcalde de barrio al saberlo, y llegó echando los bofes.

Ya se pensaba acordonar la casa cuando el señor Clavícula volvió por completo en sí y gritó:

—No es el cólera; es la cólera... la cólera de oír á este viejo chocho pintado al óleo, que tiene el atrevimiento de venir á pedirme la hija en matrimonio.

—¡Qué indignidad!

—¡Qué osadía!

—¡A ver! á la calle con este tipo!—dijo el amo de la casa.

Los criados y los municipales arrojaron de allí ignominiosamente á don Leocadio, que no se explicaba bien lo que aquello significaba.

¿Ustedes creerán que se ha corregido nuestro viudo? Pues, no señor. Ya lleva pedidas diez y siete millonarias.

DANIEL ORTIZ

PELOS Y SEÑALES

Tengo una aversión, señores, á todos los peluqueros y me causan tal pavor, y les tengo tal respeto, que creo ver el demonio cuando veo alguno de esos *sacamuélas*; y no crean que no me asiste el derecho y que estoy injustamente enfurecido con ellos, pues como verán ustedes tengo motivos de peso.

Figúrense que un domingo

de carnaval (ya hace tiempo) quisieron mis papás que me rizaran el cabello: así fué, me lo rizaron, pero además, el *maestro* que *sin dolor* extraía dos muelas á un caballero, me dió al sacar la segunda un golpazo tan tremendo con el gatillo en la cara, que me ha dejado recuerdo por mientras viva ¡soy chato!

Otra vez (y va de cuento) tuve la infeliz idea de enamorarme á Consuelo, quien según supe más tarde era esposa de un *rapero* (quiero decir *rapa-barbas*) y cierto día de Enero que fué á servirme á la casa de mi adorado tormento, el marido que sin duda había oído el secreto, empezó á golpes conmigo cuando me estaba sirviendo y me dejó otra señal inocultable ¡soy tuerto!

Pero no termina aquí la cruz de mis sufrimientos, pues una vez que debía asistir al casamiento de un amigo, llegué á ver ciertas sonrisas, y ciertos guiños que los convidados se hacían los muy camuesos, que me hicieran sospechar que eran por mí; y en efecto, poco después observaba en la imagen de un espejo que el que me había *arreglado* la *cabeza* ¡voto al cielo! me había dejado luna (coronilla) ¡sí le pesco!

Al ver mi contraria suerte y al ver que con tal denuedo se cebaba en mí la garra de esos *rapa-barbas* fieros, dispuse yo mismo hacerme la *toilette*, y dicho y hecho, á la semana siguiente puse en planta mi proyecto: me di *atón*, y..... ¡señores! por un poco me degüello.

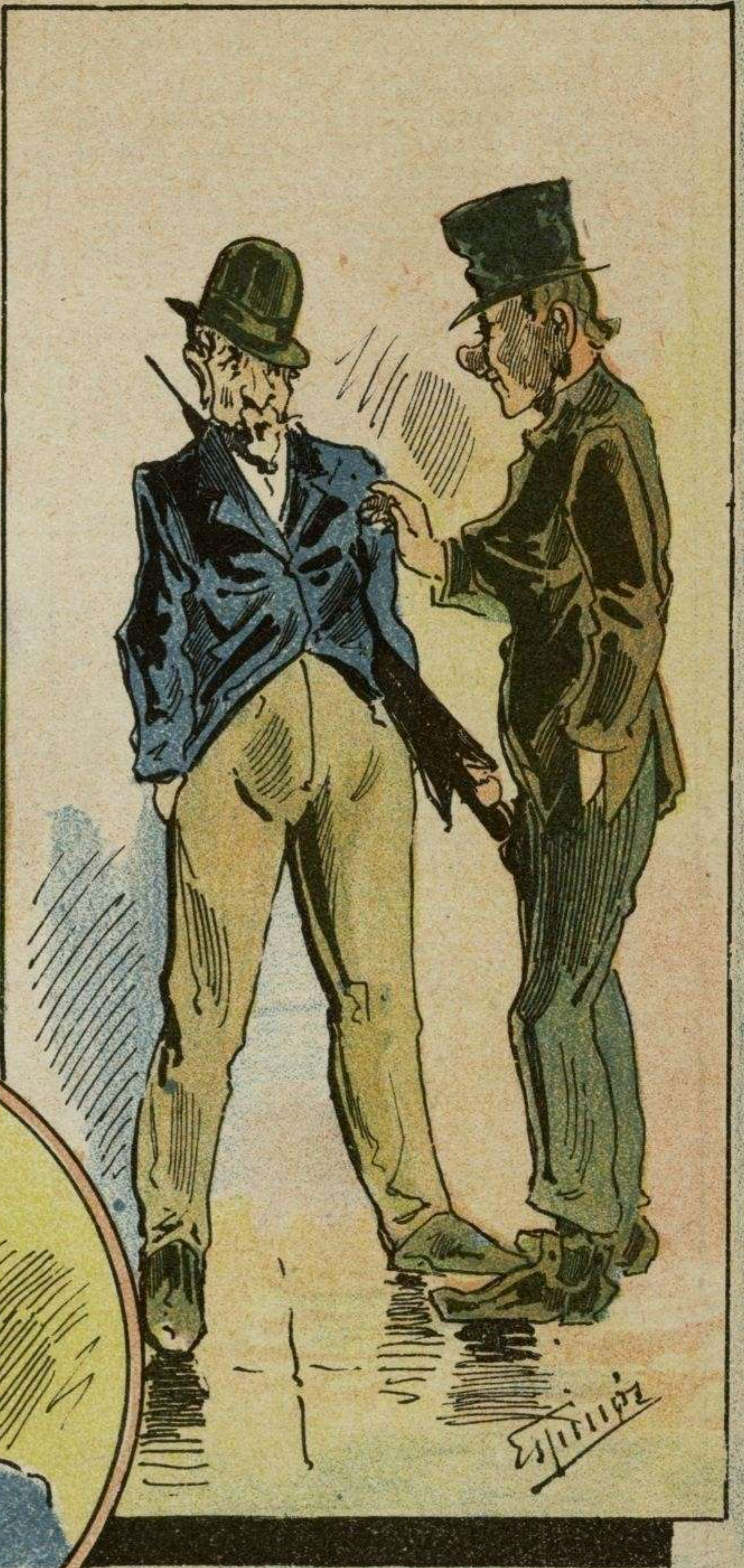
¡Esto solo me faltaba! Desde aquel día detesto á todo el que quita barbas, á todo el que corta pelos, y en venganza de los actos que conmigo cometieron, y á más por mi bienestar, ni me afeitan ni me afeito, y aunque tengo unas melenas lo mismo que un Nazareno, y aunque dicen, y redicen y me ponen como nuevo, yo nada, desde el percance *avec mon dernier* barbero no permito, aunque me pelen, que nadie *me tome el pelo*.

VALENTÍN MOURO.

EL FIN DE UN SOMBRERO



—Pues sí, amigo mío, ha habido una especie de motín a la puerta del café, y al entrar, me han apabullado el sombrero... Se lo regalaré al pobre Gomez, que está cesante.



El pobre Gomez.—¡Una limosna por el amor de Dios! O siquiera un hongo, para tirar esta porquería que llevo en la cabeza, ó dárselo al basurero.



El basurero.—Anda, murena, que entodavía púe servir con portezuela y todo.

¿POR QUÉ VAN?



Para ver á Pepe.



Para dar buen ejemplo.



Para todo... menos para rezar.



Para robar corazones sensibles.

Henan
91



Ha comenzado la temporada teatral de invierno. En *Eldorado* hay una excelente Compañía que ya se ha hecho popular. Mesejo y Cerbón se llevan al público por delante.

En *Gayarre* la Compañía *Franceschini*. Muchos escotes y pocas voces.

Romea ha estrenado *L' Agulla* que parece que ha tenido éxito.

En *Novedades*, la Mena y los ex-alumnos del *Romea* han estrenado una «Tía Tecla» que *no pot anar*.

En el *Principial* hay una buena Compañía dirigida por Mata. El nervio de ella es Domingo García, el único actor cómico de la escuela antigua y buena que hay en España. García hace reír al ser más patibulario de la creación.

Y esto es, telegráficamente, lo que tenemos que decir sobre teatros.

* * *

El *Diario de Barcelona* se ha propuesto de su propia autoridad abolir la *x* de nuestro lenguaje.

Dice esceder, esceso, escrecencia, esterno, espulsar, escomunió, estraer, etc., etc.

Mucha autoridad tiene el *Diario*; pero se nos figura que si no lo meten en la Academia no se va á salir con la suya.

Allí, con ayuda de Comeleran, Catalina y Fabié, puede hacer desaparecer la *x*.

Y el sentido comun.

* * *

El gobernador Sr. Vivanco comienza á ser simpático á los barceloneses.

Tiene buen deseo.

Ahora, con que se cuide un poco del Sr Jorje que anda pelechando, segun dicen, por ahí, será un gobernador completo.

Y ya sabe él, como todo el mundo, que no soy muy pródigo en dar bombos.

* * *

Y ya que estoy con el bombo en la mano: un aplauso á Juan Buscon, de *La Vanguardia*.

Hace trabajos muy interesantes y bien comentados.

A UNA ROMÁNTICA

Sé que me vas á tachar de prosáico y vulgar; pero, digas lo que quieras, te debo manifestar que eres cargante de veras.

¡Romántica en estos días de luz eléctrica, gas, submarinos y tranvías!...

¡Vamos, por lo visto, estás esperando aun al Mesías!

¿No comprendes que es lo mismo pensar en romanticismo en este siglo realista, que hablar de federalismo, pongo por caso, á un carlista?

Ya no oye la castellana la dulce canción galana del trovador provenzal,

trás la gótica ventana de su castillo feudal.

Hoy todo se ha transformado: castellana, trovador y castillo amurallado, sin que haya un enamorado que *al raso* cante su amor!

Ya no quedan caballeros que desnuden sus aceros por un quitame esas pajas, que hoy se defienden los fueros con revólvers y navajas.

Ya no, en la saliente reja de la apartada calleja, el mancebo de rigor cruza apasionada queja con la dueña de su amor.

Ni turbulentas pasiones inspira hoy la noble dama que, empleando precauciones.... se rasca los sabañones antes de meterse en cama.

¡No esperes, no, pobre ilusa, escuchar la voz errante de caballerescas musas, ni ver junto á tí un amante con birrete, espalla y trusa!

Pues si de tu amor sincero el dueño piensas hacer á algún bardo aventurero, ¡ten por cierto que ha de ser el tal algún zapatero!

Déjate, pues, de idealismo y acepta el positivismo de este siglo de vapor; que amar el romanticismo es la locura peor.

Mira que los trovadores que recorrían castillos cantando historias de amores, eran—y no lo deploras—ó muy tontos ó muy pillos.

En el siglo diez y nueve, hasta el átomo más leve rinde á la lógica imperio, sin que prosélitos lleve la tradición ó el misterio.

Déjate de tonterías: olvida antiguas historias legendarias é ilusorias y admite de nuestros días las más positivas glorias.

Porque, dando aquello al viento, en este siglo de infieles dicen, viejos y donceles, como el gitano del cuento:

—¡Más pan y menos manteles!—

V. SERRANO CLAVERO

MISCELANEA

En una botica.

Un parroquiano (lleno de asombro). —¡Hombre! ¡Una escopeta detrás de la puerta!... ¡Tan poca confianza tiene V. en lo que despacha?..

Entre literatos.

—Chico, yo tengo grandes ideas, pero no acierto á expresarlas, no puedo hacerlas salir...

—Pues ¡púrgate!

En el cuarto del casero.

—¡Hombre, es V. el primero que me paga este mes!

—¿Sí? ¡Pues no pago el que viene! ¡Ya sabe V. que el que da primero, da dos veces!

—

—¡Ah, caballero! —decía un quidam á un tenor silbable —¡qué lástima no sea V. el gallo de la pasión?

—Ma ¿per ché?

—Porque entonces solo cantaría V. tres veces al año... y de madrugada.

—

—Caballero ¿hace V. el favor de decirme por dónde llegaría más pronto al hospital?

—Por la literatura.

—

—¿Sabe V. que me ha salido un novio guarda civil?

—Me alegro, hija ¡á ver si te civilizas!

—

El hecho que vamos á relatar ocurrió tiempo atrás en Bruselas.

Una hermosa niña de doce años, que ocultaba un objeto debajo del delantal, se presentó á la caída de la tarde en el Monte de Piedad.

—¿Qué hay? le preguntó el empleado que estaba de turno.

La pobre criatura, creyendo que aquel hombre trataba de averiguar la causa que la conducía al establecimiento, contestó con la candidez propia de sus años y procurando contener las lágrimas:

—Papa y mamá están enfermos. El boticario me pide tres pesetas por una medicina y yo he pensado...

—No es eso, hija mía. ¿Qué es lo que vienes á empeñar?

—Esto —repuso la niña.

Y levantando el delantal entregó su muñeca al empleado.

Este, sumamente conmovido y sin aceptar la oferta dijo á la admirable criatura:

—Ahi tienes cinco francos, llévate la muñeca y anda á comprar la medicina que necesitan tus padres.

—

Un rico.— Esta tarde voy á dejar á ustedes.

Un pobre.— ¿Cuánto?

—

—Una cosa que parece imposible. Con un *delantal* me he hecho un polison.

—Pues no veo la imposibilidad...

—Sí, señor; si hubiera sido un *detrasal*...

—

—¡Hombre, y dicen que esta esponja es fina!

—Vaya si lo es.

—La he preguntado cómo estaba y ni siquiera me ha contestado ¡Vaya una finura!

—Eso consiste en que tú todavía no hablas el lenguaje de las esponjas. Ya verás cuando le hables.

—

Asegúrame Narciso,
hombre prudente, callado,
y que há poco se ha casado,
que es su casa un paraíso.

Y claro está que no miente
pues hacen, con grato afán,
su esposa de Eva, el de Adán,
y la suegra de serpiente.

—

Cantares

Por tu boquita, un millón,
y por tu gracia, un tesoro;
por tu cara, todo el oro
que se acuña en la nación.

¡No te extrañes, ángel mio,
que á más de morir por tí,
muera en tu reja de frío!

Cuando me aflige una pena
me basta para aliviarla
la gracia de una morena.

Las promesas de mujer,
palabras y juramentos,
son la hojarasca de otoño
impulsada por el viento.

¿Con que ayer tarde llorabas
por aquel que no querías
y del que antes te mofabas?

Me dices que no quieres
el pan con *besos*,
si los doy en tu cara
no te hartas de ellos.

La alegría de esa chula
no es alegría cristiana
porque es hija de una *turca*.

ANDRÉS GONZALEZ LOPEZ.

ADVERTENCIA

Estamos preparando un número especial para solemnizar el año de nuestra publicación. Este corresponderá al n.º 52, que saldrá con preciosos dibujos, sin aumento de precio.



V. S. C. (Requena)—Irán.

P. F. (Madrid)—Van los *Pelos y Señales*. He hojeado el articulito y ya lo miraré más despacio. Me parece que lo podré poner, pero no lo aseguro.

F. de la C.—Tiene V. uno aguardando turno. El otro no le dije á V. que iría.

Saetilla.—Esta vez no hay nada aprovechable y lo siento. Lo uno es demasiado sentimental y lo otro poco cuidado.

Un baturro.—V. me manda eso para que lo publique... Hombre ¿y si no lo publicase?

Cucufate.—Aflojamos un poquillo. Vuelvo á recomendarle que lime un poco más.

J. C.—Si el articulito es un ensayo va bien. Continúe V. porque está escrito con cierta soltura.

Silis.—Arreglándolo un poco irá

A. de O.—Irá el diálogo.

UN BANQUERO



—A mí no se me conocerá en el comercio, ¡pero lo que es en la ruleta de San Sebastián!...

ANUNCIOS

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.— Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL

FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

España: Semestre, 5 ptas. — Año, 8 ptas.
Extranjero y Ultramar: Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo. — Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

CUIDADITO CON ESTO

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cént. en toda España.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 46 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

AGENTE EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, Don Julián Rodríguez.— Dicho señor tiene establecido un centro para el reparto y venta de toda clase de publicaciones. Tesoro, 5, bajo, Madrid.